

Prólogo

ROBERTO PITALUGA

Resultado de su tesis de doctorado defendida hace ya un lustro, el libro de Ana Carol Solis brinda la oportunidad de revisar críticamente esos años del pasado reciente argentino generalmente denominados «de la transición», una categoría que, aplicada a diferentes procesos en América Latina y Europa mediterránea, se reveló política e históricamente equívoca en su afán de comprender y a la vez instituir ese pasaje de regímenes autoritarios a democráticos. Equívoca en sus pretensiones homogeneizadoras de un proceso sobredeterminado por fuerzas que con diferencial capacidad pujaban en torno a los alcances de dicho tránsito y a los ámbitos en que el mismo debía desplegarse. Equívoca asimismo porque establecía como meta de llegada una formulación de la democracia como sistema de gobierno representativo cuyo marco normativo era incapaz de dar lugar a los antagonismos profundos, reduciendo por ello sus capacidades de transformación de lo dado.

Son esas ambiguas formulaciones, que acompañaron la auto-comprensión dominante de esos años ochenta, las que la investigación viene precisamente a poner bajo la lupa. Es que el libro despliega, justamente, un aparato de visualización que permite poner de relieve esas contiendas que de modo más o menos larvado, con mayor o menor grado de intelección para sus propios protagonistas, hicieron de la «transición» un territorio político y social con, digamos, cierto grado de contingencia histórica, pues si bien estuvo fuertemente condicionado por los disciplinamientos

derivados del terror estatal de la dictadura, también lo tramaban diferentes apuestas y experiencias de democratización popular. El libro es un verdadero «aparato de visualización», vertebrado sobre una doble operación. Por un lado, poner el ojo crítico en ese «pasaje», esto es, traer a superficie la pregunta por los diversos significados de la democracia que se ponen en liza en las mismas contiendas entre experiencias democratizadoras que pretenden ampliar el campo de la participación popular en la toma de decisiones, y las fuerzas reactivas que se les oponen y trabajan en la reproducción de lo dado, con sus desigualdades y sometimientos. Por otro lado, una mirada microintensiva que, al enfocarse en unas en apariencia acotadas experiencias de militancia barrial construidas historiográficamente en sus «detalles» bajo la lupa de la autora, nos ofrece claves interpretativas –aspectos, significaciones, contornos, modalidades– para la comprensión de las configuraciones de la militancia democrática –en el sentido de «presentación de los pueblos»– de la época y, aún, para los más amplios fenómenos de democratización y politización –y de sus fracasos o clausuras– en aquellos años.

Entre los muchos aportes que este libro brinda a lectoras y lectores, uno no menor, puesto que constituye el terreno sociopolítico que condiciona la edificación de cualquier política de transición democrática, consiste en el análisis de las estrategias y normativas dictatoriales que, en el marco de los dispositivos del terror estatal, tenía por objetivo la construcción de una «ciudadanía» municipal apolítica. Esas formas de construcción de subjetividades a largo plazo –compuestas en la imbricación de cuerpos aterrorizados y espacios consensualistas normados, y por ello dotados de una moralidad aceptable– buscaban evitar que las organizaciones vecinales se transformaran en política barrial, restringiendo toda posibilidad, asimismo, de agregaciones en unidades mayores a la circunscripción de cada centro vecinal. Este diseño y control sobre las formas de agregación comunitaria adquiere también relevancia, como expone la autora, en las confrontaciones entre el emergente movimiento vecinalista y barrial en los años ochenta y las políticas estatales que impone el radicalismo gobernante en la provincia. El «aparato de visualización» que diseña Carol Solis, trabaja como

una lente de aumento y a la vez como mirada panorámica, dándonos a ver los propósitos refundacionales de la dictadura en unas de sus facetas productivas, como diseño y puesta en marcha de organismos de una civilidad aceptable que luego sean base social consensualista de las nuevas dirigencias nacionales de la República y la democracia representativa admisibles para el orden social.

Dar cuenta de las condiciones del vecinalismo y de los barrios durante la dictadura resulta crucial para comprender la especificidad de la militancia de los años ochenta, la cual constituye el núcleo del libro de Solis. La misma es abordada desde, digamos, una intervención sagital: seguir el modo de re inserción de algunos militantes represaliados en los setenta –con sus tradiciones revolucionarias y de resistencias en el sistema carcelario dictatorial– en su vuelta a la militancia, pero en un escenario en el que aquellas experiencias no pueden ser recuperadas abiertamente, y en el que incluso el léxico para referir la historia política inmediata debe someterse al orden de las palabras propio del terror estatal. Silenciamiento de las múltiples experiencias democráticas y revolucionarias precedentes en el nuevo teatro político de los años posdictatoriales que da cuenta de la dimensión de la derrota del movimiento popular, por lo que la reinscripción de aquella experiencia en la militancia barrial ochentista adoptará unos senderos meandrosos que la investigación recupera, fundamentalmente, a través de las experiencias de la revista *Barrial*, que inicia sus publicaciones en noviembre de 1984, y la posterior formación del Movimiento Cordobés.

Iniciativa de los militantes represaliados en su reingreso al activismo, *Barrial* se constituye en un artefacto político-periodístico que de manera paulatina incorpora una cada vez mayor participación de los vecinos y sus organizaciones en la denuncia de la situación en los barrios y en la elaboración de sus específicas demandas, expresando un proceso de politización popular que podía converger con otros activismos territoriales. Esta democratización desde la base, esta agencialidad entre los sectores barriales es la que sustenta la posibilidad de plasmación, en 1987, de una organización partidaria que toma el nombre de Movimiento Cordobés, con gran afinidad con las concepciones que por entonces publicitaba el Movimiento Todos por la Patria a nivel nacional, pero del que

se distanciaría ese mismo año. Partido que se concibe como un movimiento pluralista, promovido inicialmente por militantes de izquierda y del peronismo revolucionario represaliados durante la dictadura, el Movimiento Cordobés –como la revista *Barrial*, y otras experiencias afines– puso el acento de su activismo en el protagonismo de los vecinos, a partir de agendas de movilización elaboradas democráticamente como asuntos comunes, participando en las elecciones de ese año 1987 con candidatos municipales como manifestación de la «democracia participativa».

Este nuevo *locus* de la política implicó una reconfiguración de la militancia para quienes provenían de experiencias setentistas, reconfiguración asociada, entre otras cuestiones, a las novedades que exponen tanto *Barrial* primero como luego el Movimiento Cordobés: el despliegue de nuevos formatos de construcción política que, podríamos decir, trabajan en dos planos. Por un lado, promoviendo instancias organizacionales para la presentación de demandas y defensa de derechos que compiten con las políticas estatales en materia de diseño de la misma institucionalización de los cuerpos representativos vecinales (las comisiones o juntas vecinales); por otro lado, buscando edificar una alternativa a la representación política tradicional de partidos. A través del seguimiento de estas experiencias, el libro de Carol Solis ofrece asimismo una construcción histórica de las complejas tramas y los sinuosos recorridos del activismo barrial y vecinalista, de sus organizaciones y debates, de las redes y contactos entre instancias barriales, de sus conflictos con la normativa existente y con las políticas «de normalización» del estado provincial, en los años posdictatoriales. En otras palabras, su específico proceso de politización, de construcción de una experiencia en la que anidan otros sentidos de la democracia, como se expresó, por ejemplo, en el derrotero que dio lugar al Primer Encuentro Vecinalista de 1985.

En la diversidad de experiencias democratizadoras que indaga el texto de Solis, se exhibe la pluralidad de formas políticas que el activismo popular –con sus declinaciones de género, generacionales, de clase, etcétera, y también con sus contradicciones– puso en juego en los años posdictatoriales. Formas diferenciales aunque no antagónicas, que permitían la convivencia de identificaciones partidarias y barriales. Experiencia caracterizada, entonces, por la

heterogeneidad de colectivos e identidades, por la polifonía de la democratización, tanto en términos de identidades como de tradiciones políticas o de experiencias generacionales. Heterogeneidad de las mismas formas que asume la politización.

El libro concluye en el crucial y aciago año de 1989, momento catalizador de las tendencias reaccionarias que, si venían de años anteriores y aun de los condicionamientos que como tipo específico de lazo social dejó la dictadura –congruente con la producción sensible y subjetiva de la ofensiva neoliberal desde la década de 1970– encuentran ese año el contexto propicio para manifestarse plenamente. Tanto el copamiento del regimiento de La Tablada por militantes del Movimiento Todos por la Patria, con sus secuelas de legitimación del accionar represivo y del lenguaje dictatorial así como la puesta en el primer plano de la visibilidad pública de prácticas propias del dispositivo del terror estatal (desde los fusilamientos a la desaparición de militantes), como el deterioro de las condiciones socioeconómicas y el golpe hiperinflacionario de ese año que las profundiza, imponen una retracción de las capacidades y aun de las legitimidades del activismo popular. Retracción que evidencia también las dificultades que esas modalidades de construcción contrahegemónicas de lo democrático han tenido, reiteradamente, frente a las políticas que se configuran en espejo a los símbolos y estructuras del poder. Las débiles tendencias democratizadoras de los primeros años de la década de 1980, revertirán en la siguiente en un proceso caracterizado por el cercenamiento de derechos, por un empobrecimiento del mundo de vida de los sectores populares, por una retracción de la política, es decir, por un proceso de desdemocratización, como lo denomina la autora.

Aunque este libro sería oportuno en cualquier contexto, las circunstancias de su publicación en torno a los 40 años de la asunción de un gobierno electo democráticamente –y que todavía podamos decir que la de 1976 fue «la última dictadura»– le añade un plus de oportunidad: la de incitarnos a pensar, en este año en el que seguramente habrá muchos espacios para ello, sobre las formas que la democracia ha asumido, y por ende, puede asumir. En un contexto latinoamericano y mundial en el que todo aquello que podemos identificar con la democracia retrocede frente a discursos y prácticas que alimentan la explotación y la dominación de seres

humanos y naturaleza –momento global de desdemocratización, diría Solís– el libro nos estimula a seguir la indagación sobre distintas experiencias de agencialidad democrática, popular, en otros momentos de estas cuatro décadas, pero también en otros pasados, generalmente omitidos –como lo fuera el de esta experiencia hasta esta investigación– y aun en diferentes dimensiones de la vida en común.

La autora rescata esta experiencia a partir de un delicado trabajo interpretativo con una pluralidad de materiales documentales y testimoniales. Una delicadeza que no omite la perspectiva crítica, sino que se afirma en ese «mirar escuchando», para decirlo con Georges Didi-Huberman, una *interpretación con tacto*, un saber de la práctica, para dar ese lugar que las subjetividades alternativas han tenido por su propio mérito en la historia, lugar que las versiones oficiales suprimen con violencia historiográfica. Un rescate que nos permite valorar que eso que generalmente nombramos como el contenido de una política ya reside en su forma, en los modos de su puesta en acto, en su praxis tanto como en sus gestos; que la finalidad de una perspectiva política está ya en su propia medialidad, que la democracia no es escindible de los sujetos que la forjan, que, en definitiva, ella consiste en un proceso de subjetivación que tiene en la práctica de la igualdad las capacidades de realización de los anhelos latentes. En palabras de la autora, un proceso de democratización.